

EL SOBORNO DE LOS FALSOS JEQUES

FRANZ-OLIVIER GIESBERT

FSTA nervioso William Kelly, muy nervioso. Este representante republicano de Florida en el Congreso ha acudido a una lujosa mansión de Washington, en W. Street, invitado por un magnate del petróleo, el jeque Habib. La luz es intensa en la bodega convertida en bar. El príncipe árabe susurra bajo su albornoz que no puede pasar sin los focos. La nostalgia del sol, en su tierra natal...

Es el momento, es el instante. El jeque Habib le alarga unos sobres. Veinticinco mil dólares en billetes. Mucha tela para un pequeño favor —dar una pequeña ayuda a su solicitud de asilo permanente en los Estados Unidos...—. William Kelly, en "plena agitación", como más tarde admitirá, no oye el ronroneo de las cámaras que filman la escena. No tiene ojos más que para los pequeños billetes verdes con los que atiborra precipitadamente los bolsillos de su chaqueta, de su pantalón, de su abrigo. Le da las gracias al príncipe. Y pregunta angustiado: "¿Se notan mucho?"

Los polis del FBI, empezando por el falso jeque, todavía se están riendo. William Kelly es uno de los ocho políticos que la Policía americana acusa de corrupción tras una de las operaciones más extravagantes de su historia. Nombre en clave: "Abscam". Coste: Más de tres millones de francos. Duración: Veintitrés meses.

Cincuenta y cinco años, jurista, carca y hombre de carácter, William Kelly, que salió elegido por Florida, la tierra de Disneylandia, no era tenido por un crápula hasta entonces. Y arguye su buena fe, con mímicas inefables, medio payaso, medio ingenuo. ¿Que por qué se ha embolsado el dinero? "Para llevar a cabo mi propia investigación sobre individuos turbios", dice, bajando la mirada. Elemental, querido Watson. Después añade: "Estaba convencido de que querían engañarme y deseaba saber lo que se tralan entre manos. Si no hubiese cogido el dinero, no hubiese podido emprender mis investigaciones". Risas. El aprendiz de inspector, por supuesto, se quedó con el botín. ¿Dónde lo puso? En la guantera de su coche. De vez en cuando sacaba algunos bille-

tes —en particular para pagar sus comidas en el restaurante—. Cuando se le pregunta si está dispuesto a contar su historia al detector de mentiras, contesta tosiendo que "no confía en esos cacharros". No más que en el FBI, que, en este caso, "ha actuado fuera de la ley".

Y es que el Federal Bureau of Investigation ya no es lo que era. Bajo el fallecido Edgar J. Hoover, Kelly y los suyos podían merodear a sus anchas. Los polis, en aquella época, no perseguían más que a los asesinos vulgares —y a los "rojos" de topo tipo—. Pero he aquí lo que pasa: desde que llegó William Webster a su dirección, el FBI ha hecho de los mafiosos y de los políticos —cuando huelen a corrupción— sus objetivos prioritarios. Con su perfil a lo Robert Stack (estrella de "Los Intocables"), Webster ha lanzado unas cincuenta operaciones del tipo "Abscam" en dos años. Su objetivo: Liquidar el "crimen organizado" en Estados Unidos. Sus armas: La computadora y la infiltración, el disfraz, la triquiñuela —todos los medios valen—...

El yate del emir

Es en Nueva York donde empezó la operación "Abscam", hace dos años. Agentes del FBI, que se hacen pasar por los mandatarios de un jeque del golfo Pérsico, logran hacerse con unos cuadros robados —y con un estafador muy hablador, que les cuenta que pasan muchas cosas en Nueva Jersey—. Eso les viene estupendamente: hacía mucho tiempo ya que los polis estaban incómodos con las exhalaciones metafísicas que emanaban de ese pequeño Estado de la costa Este. Pero no tenían ni pruebas ni nombres. El soplón se los da.

En un visto y no visto, el FBI monta una falsa sociedad llevada por un falso emir, Kamir Abdul Raman. Su Alteza ha fijado su domicilio en un yate, el "Corasario", que queda anclado en las marinas de Florida. Ahí es donde recibe las visitas, reglamente —en una cabina super-equipada, claro está, con micrófonos y cámaras—. El príncipe deja caer, en un inglés muy regular, que tiene intención de invertir en

terrenos, casinos y minas de titanio. Todos los vivillos de Nueva Jersey y de Pennsylvania acuden. Amiguetes y picarones se han ido comunicando la noticia... Tras haber cogido varios peces pequeños, los polis logran una buena presa. Es a la vez una sorpresa. Sesenta años, presidente de la Comisión de Trabajo en el Senado, demócrata liberal y "por encima de toda sospecha", Harrison Williams no ha podido evitar tender las manos hacia el maná. Clic-clac. El FBI no se detiene ahí. El ardid ha funcionado tan bien que se inventa otro jeque, Yasser Habib, con el fin de atrapar a varios bribones del Capitolio. Este nuevo príncipe se dice amenazado por los "marxistas" de su país. Tiene una obsesión: obtener un "status" que le proporcione automáticamente asilo en los Estados Unidos si las cosas se pusieran feas en su tierra. ¿Que para eso hace falta una ley? Está dispuesto a pagar lo que haga falta. A tocateja. Los políticos desfilan por su residencia washingtoniana y salen de ella con los bolsillos repletos. Representante demócrata de Carolina del Sur, John Jenrette, que ya había dado que hablar en un asunto de tráfico de drogas, no recuerda lo que le sucedió. "Había tomado tres copas —dice apagadamente— y era una noche de luna llena". Un momento de silencio. "O, por lo menos, de media luna". "Tal vez le hayan hecho beber tanto que terminó por asentir a todo lo que le decían —añade su mujer—. De todas formas, no volvió a casa con cincuenta mil dólares". Si algún día hay que terciar entre los Jenrette y la Policía, la televisión podrá aportar su testimonio: uno de los tres grandes canales nacionales, la NBC, al tanto del asunto desde hacía dos meses, filmaba las idas y venidas de los visitantes de W. Street tras las ventanillas opacas de dos furgonetas...

¿Crímenes fabricados?

Cuando la prensa revela la operación "Abscam", un sábado, a América le da un vuelco el corazón. No sólo por toda esa podredumbre que súbitamente la



El juez William Webster, director del FBI.

enfanga, sino también a veces por los métodos expeditivos del FBI. "Es un montaje —eructa Thomas (Tip) O'Neill, el 'speaker' de la Cámara—. Un maldito montaje". El "Washington Post" declara que, si lo ha hecho, la Policía ha actuado mal al "fabricar" el crimen hasta el más mínimo detalle. En esa línea, varios editorialistas acusan a los polis de haber representado el papel de agentes "provocadores". Una retahíla de parlamentarios se indignan finalmente por el insulto cometido hacia "la reputación árabe". Apenas empiezan a calmarse los ánimos cuando una nueva operación es descubierta por los periódicos, la semana pasada. Su nombre en clave: "Bri-lab". Esta vez, los agentes del FBI se han hecho pasar por agentes de seguros. Agentes decididos a asegurar a todos los funcionarios de Luisiana. Para hacerlo, primero entran en contacto con Carlos Marcello, el jefe mafioso de Nueva Orleans. Un Juan Lanas, este Marcello. Los falsos aseguradores en seguida confraternizan con él. Mediante una propina de cinco mil dólares, el "padrino" les facilita el nombre de los políticos con los que pueden contar para colocar sus pólizas, por supuesto a condición de soltar dinero. Una docena de personalidades, empezando por el gobernador, están hoy en la picota...

Esperando los resultados de las cuarenta y ocho operaciones siguientes, América probablemente le esté dando vueltas "in mente" a la célebre fórmula de Mark Twain que Jimmy Carter citaba poco ha: "No hay una categoría específicamente criminal en los Estados Unidos, exceptuando al Congreso". Tal vez. Pero no por serlo menos impunemente que en otras partes, han de ser los políticos americanos los más corruptos del mundo... ■